

# Cuaderno de una muchacha muda

Por Margarita AGUIRRE

Margarita Aguirre, de quién ofrecemos hoy un fragmento de su "Cuaderno de una muchacha muda", que le editan en Buenos Aires, es —perdósenos el término— una escritora precoz. Margarita, es, como acostumbramos decir nosotros, apenas una niña. Contraste notable entre su silueta fina, su fisonomía de adolescente, y esa solidez espiritual que se refleja en sus menores gestos, como en un espejo. Difícilmente, a la edad de Margarita Aguirre (esa edad que todavía se niega por escasa), puede una mujer poseer una más vasta cultura, una más penetrante sensibilidad artística.

Este relato nos anuncia a la escritora que nace en Margarita Aguirre con tan firme paso. Sus comienzos podrían compararse con los de María Luisa Bombal, en tiempo y en condición literaria.

Todas las páginas de este diario, escrito en un viejo cuaderno de tapas rojas, pertenecen a Clara Windorf, una muchacha muda que existió hace algún tiempo en una ciudad cualquiera.

Mis voces tienen color. Son rojas, oscuras, como la sangre muerta, como la costra de las heridas y los rasguños. Palabras estancadas que se ahogan en el azul y rojo de mis venas. Heridas de sangre muerta en la transparencia de mi garganta. Lamentos desesperados que estremecen la punta de mis dedos. Mis voces. ¡Pobres voces descontroladas! ¡Cómo asustan, conmueven y tñen de rojo obscuro toda mi vida!

El hermanito Juan tiene los ojos fijos, igual que los ojos de las muñecas y casi tan brillosos como ellos. Si la señorita Ana nos hubiera dejado solos, yo los habría tocado con mis dedos porque estoy segura de que ni así se hubieran movido. Por la boca le chorrea un hilito de baba azul, lleno de espuma blanca. El hermanito Juan ya no quiere nada. Yo creo que está pensando en cosas que nosotros no podemos comprender. Por eso no habla, ni mira, ni oye. Está por encima de todo eso. Cuando se puede prescindir de estas cosas es cuando uno se ha llenado completamente de sí mismo. Entonces se adhiere lo que la señorita Ana llama "estado comatoso" y que yo creo que no es otra cosa que una libertad absoluta de todo lo que nos rodea.

Me miré las manos así, de golpe, y sorprendí en ellas una inquietud nueva. Ellas quisieron decirme algo. Lo advertí en la transparencia aguda de las venas y en un ligero temblor a lo largo de los dedos. Y supe comprenderlas. Porque he aprendido a observar que las palabras que no nacen se mueren dolorosamente en las manos.

Todas las palabras que en mí nunca podrán ser, atormentan mis manos. ¡Y da pena sentir las morir en la punta de los dedos — casi a flor de piel — nublando apenas la transparencia de las yemas!

Hoy he sentido nuevamente ganas de comer flores. Baté al jardín y corté una rosa blanca. Estaba caliente, blanda. Su extraño sabor me produjo escalofríos. Lentamente estruñé los pétalos con mi lengua contra el paladar y permanecí con los ojos cerrados.

Esta mañana me dijo la señorita Ana que el hermanito Juan había tenido anoche otro ataque. ¡Pobre hermanito Juan! ¡Conmigo fué siempre tan bueno! Recuerdo que cuando llegó aquí me acompañaba al jardín.

—Dame el sol hermanita Tacha — me decía —. Dame el sol para llevarlo esta noche a mi pieza.

¿Por qué me diría siempre hermanita Tacha? Nadie nunca me ha dicho así. Claro que no hay dos personas que nos digan lo mismo.

¿Por qué nunca podremos ser iguales para todos? Somos tanto que por eso no somos nada. La dice: "La enferma de la pieza 56". Y está convencida de que soy sólo la enferma de la pieza 56.

Pero soy también la hermanita Tacha. Y muchas más. Y tantas más que hasta puedo perderme. Pero de todas maneras no dejaré nunca de ser la hermanita Tacha porque él siempre fué bueno conmigo y yo lo quiero mucho, mucho.

Una vez me llevaron a conocer el mar. Cuando yo era casi tan chica como la Biruja. Y al principio le tuve odio. Más odio del que le tiene el hermanito Juan al oso amarillo. Y todo fué por que mi hermanito, que tampoco lo conocía, dijo que el mar había igual que yo: con ronquidos. Eso me molestó. Y no quise ir a saludarlo de cerca, como lo

hacían los demás. Me quedé oyéndolo, tendida boca abajo, de espaldas a su orilla. Entonces sentí que sus olas me llamaban y fui girando sobre la arena lentamente, hasta quedar frente a él. Era una superficie ondulante, de color azul-verde y verde-azul. Sus olas, bordados caprichosos de encaje blanco. En el fondo, el cielo, tan cielo como siempre. Sentí, de repente, una de mis manos pesada, gigante, casi poderosa, y comprendí que al estirarla podría arrugar el mar como a un papel. Y que debajo encontraría un mundo azul cielo y espuma blanca, de torres delgadas, de escaleras estrechas, de flores con ojos amarillos y de alas de grandes mariposas. En un instante lo ví todo hasta la más apartada calle fabricada de estambres de amapolas, violetas, hasta el último puente, lustroso y resbaladizo de cochayuyo que va a nacer. Sentí su olor pesado y obscuro y lo supe amargo y salado. Entonces cerré los ojos, grité más fuerte que él y enterré mis manos en la arena.

La Biruja tiene ocho años y es rubia. Anda siempre en una silla con dos ruedas muy grandes a los lados, porque no puede mover las piernas para caminar. Generalmente le ponen una manta encima de ellas. Pero yo se las he visto. Son muy delgadas y transparentes. Tan blancas, que a veces, parecen azules. Los pies son chiquititos y un poco doblados hacia dentro. Yo la quiero mucho, porque es casi una muñeca y sus ojos hundidos son siempre tristes. Le alcanzo todo lo que desea y cuando no la bajan al jardín le llevo alguna cosa, aunque sea una piedrecita, porque sé que le gusta tener algo entre las manos. Somos bastante amigas a pesar de que yo soy más grande y ella no puede comprender todas mis cosas. A mí me gusta cuidarla y pasarme las tardes a su lado. Suele contarme alguna cosa mientras me siento a sus pies para dejarla jugar con mis cabellos.

Hoy me he sentido cansada. Más cansada que nunca. Como si llevara un peso sobre los hombros, una cabeza demasiado grande próxima a comenzar a dar vueltas. Me deté caer sobre la cama boca abajo, como si me hubieran derribado. Entonces empecé a compararme al farol que se ve desde la ventana del comedor. Como lo he visto en las noches de niebla, naturalmente. Me comparé con él, porque es lo más triste y desamparado que conozco. Me dieron ganas de poder preguntarle a alguien:

—¿Conoce usted nada más triste que un farol en noche de niebla? Y sin saber cómo, estuve llorando sin consuelo toda la tarde. Indudablemente, me doy cuenta de que mi vida es más triste que la del farol. Que no tengo ni siquiera el calor núbido de una luz. Y no puedo dejar de llorar al sentirme tan triste y desamparada, más aún que un farol en noche de niebla. Mucho más.

Esta mañana vino la señorita Ana a decirme que debía levantarme temprano. Yo no le hice caso y me quedé pensando que iguales transcurren todos los días. Desde hace mucho tiempo todas parecen uno solo. Una repetido hasta el infinito.

Esta mañana, cuando estaba en el jardín con la Biruja, volví las manos pesadas. Estuve tratando de hacerla comprender lo que yo creo. Que son las palabras que se amontonan en mis manos y las hacen pesadas. Pero la Biruja no se dió cuenta de lo que esto significa. Me dijo que por qué no las sacudía, entonces, para que se cayeran.

Es terrible, pero no creo que nadie pueda comprenderlo. Ni siquiera el hermanito Juan. ¡Y mis pobres manos sufren tanto con todo el peso de las palabras que nunca podré decir!

Anoche tuve un extraño sueño. Transcurría en un día de verano. Y había una diferencia muy marcada

(PASA A LA PAG. 6)

da entre las sombras y la claridad de una mañana de sol. En algo así como un estero yo veía las espaldas desnudas de varios muchachos que se entreteñían jugando en la arena. Lo extraño era el color de esas espaldas. Eran casi negras relucientes. De repente noté que del cabello mojado se desprendían gotas de agua, transparentes y gruesas, que no se deshacían al chorrear por las espaldas.

Recuerdo que entonces experimenté un extraño placer. Y que me veía escondida detrás de unos árboles, siguiendo con enorme ansiedad el camino lento recorrido por las gotas de agua en las espaldas lustrosas.

Creo que en un momento sentí el terrible impulso de correr hacia ellos y resbalar mis manos por sus espaldas tibias. Pero, de pronto, el sueño se desvaneció y, a pesar de que seguí durmiendo inquieta y sobresaltada, no volvió a presentarse.

Ahora que trato de recordarlo y que lo escribo, vuelvo a sentir una extraña fascinación. Y a pesar de que no estoy dormida, algo me impulsa a pensar nuevamente en él, con una mezcla de fuerza y de placer.

Me pesan las manos y nadie puede comprenderlo. Las empuño hasta sentir las duras como una piedra. Las golpeo contra la pared hasta que la sangre las marca con su rojo signo caliente.

Y todo esto para quedarme después tan triste, tan deshecha en mi tristeza, que ya no me acuerdo ni siquiera de que existo. Escribo sin sentirme, como si desde un punto lejano alguien lo hiciera por mí.

Estuve pensando en pequeñas cosas de cuando yo era chica. Comencé por recordar cuántas baldosas rotas tenía el primer patio de la casa. Estoy segura que eran diecisiete; completamente segura. Las conté un día que me habían comprado zapatos nuevos y que había decidido no pisar ninguna que no estuviera buena. Y creo que, a pesar de ser una cosa tan pueril, nunca podré olvidarme que eran diecisiete las baldosas trizadas en el primer patio de la casa.

En cambio, hay otras cosas realmente importantes de las que no puedo acordarme por muchos esfuerzos que haga. Jamás he tenido un idea clara de por qué decidieron mandarme a la ciudad a esta clínica. Apenas recuerdo una que otra conversación aislada en la que se evitaba hablar abiertamente de mi próxima partida. Pero, cómo me dieron la noticia, es algo que no puedo recordar. Nunca he sospechado qué razón tuvieron para hacerlo y francamente creo que no me la dieron. Aunque no podría asegurarlo.

Una vez me llevaron a conocer el mar. Nos alojamos esa noche en la casa de unos hombres que vivían trabajando en él. Después que comimos, bajamos nuevamente a la playa. Los grandes quisieron ver la puesta de sol, porque decían que era muy bonita. Yo me senté sola, lejos, en unas rocas negras y duras. El mar estaba casi negro también y sus voces eran más fuertes. Por eso al principio, me pareció algo enojado. Comencé a mirarlo fijamente, con desesperación, como si fuera lo único que importara hacer en el mundo. Sentí que sus voces me llamaban imperiosamente. Se revolvía negro y pesado a mis pies y sus ronquidos estaban ahí, llamándome, gritando que fuera. Comprendí que debía hacerlo. Mi cabeza daba vueltas, mi cuerpo entero estaba pesado como clavado en las rocas, pero era preciso ir desprendiéndose de todo. La cabeza daba vueltas y lentamente arrastraba mi cuerpo pesado. Sí, sí, había que ir. Allá abajo estaba todo; incluso yo misma, completa, indestructible. Había que acudir sin darse vuelta. Separar los ojos, aunque fuera un instante de las profundidades, era perderse al llamado, perderse para siempre a toda salvación. De repente, la cabeza giró más rápido. Entonces todo fué fácil: el cuerpo aligeró su peso y con los ojos muy abiertos penetré en sus aguas heladas.

Es triste pensar que por muchos esfuerzos que haga, jamás lograré acordarme de cómo transcurrieron las cosas abajo. Debe haber sido maravilloso. Cuando volví, a pesar de estar muerta de frío y dolorida, una sonrisa tranquila y suave me recorría el

cuerpo. Cerré los ojos y estuve durmiendo durante mucho tiempo en una cama húmeda y estrecha donde me habían colocado. Después nos volvimos a casa sin que nadie me hablara jamás una palabra de lo ocurrido.

Parece que me van a cambiar de pieza. Es probable que me lleven al segundo piso. Dejarán esto de abajo para los que no pueden caminar. Tendré que subir y bajar escaleras cada vez que salga. A veces me gustan las escaleras y a veces no. Cuando estoy en ellas pienso: un escaión tras otro, todos iguales, y es necesario llegar arriba o abajo para ver algo distinto. Si me siento en la mitad de la escalera siempre llega alguien que me dice: "Aquí no, suba, o baje, pero no se quede ahí". Me gustaría quedarme por un tiempo muy largo en medio de una escalera. Claro que no me dejarán. Siempre es lo mismo. Las escaleras hay que subir las o bajarlas. Eso es todo.

Me he puesto a pensar en la muerte. Quise imaginarme cómo estaré entonces. Con mis manos tranquilas y livianas cruzadas sobre el pecho. Apenas pensé un momento, porque de pronto me acordé de aquel caballo en medio del campo. Mi madre me llevó a verlo. Recuerdo sus patas tiesas, su estómago hinchado como si fuera a estallar y unos ojos terriblemente confundidos con el pasto del potrero. Me puse a llorar desconsoladamente. En vano mi madre me decía que era sólo un animal. Yo lo sabía y precisamente por eso lloraba. Por ser animal lo dejaban así, solo abandonado, hasta que los ojos se le hicieran pasto de tanto estar tirado en medio del potrero.

Antes las palabras se morían suavemente en mis manos, nublando apenas la transparencia de las venas. Ahora siento que presionan mis dedos, que pesan en la punta de las uñas, que se atormentan y desesperan en el ámbito blanco de mis pobres manos.

Anoche pensé que la Biruja podía tener razón.

Que tal vez sacudiéndolas despacito lograría aliviarlas algo. Pero no me atrevo a hacerlo dentro de la pieza. Prefiero esperar que pase el frío y bajar una noche al jardín. Mientras tanto las aprieto un poco y las empaño con mi aliento. Y parece que esto las tranquiliza.

Tengo ganas de hundir los ojos en algo amarillo. Terriblemente amarillo. Estoy aburrida de las paredes blancas, de los delantales blancos, de las sábanas blancas. Es que el blanco es antipático, sobre todo, porque él se siente superior y envuelve las cosas con aire de protección. ¡Si pudiera abrir los ojos y encontrarme de pronto rodeada sólo de espigas! ¡En ese ondulado amarillo que produce cosquilleos en la espalda! ¡Tengo tantas ganas de hundir mis ojos en algo amarillo! ¡Terriblemente amarillo!

Esta tarde estuve caminando por los corredores. Llegué hasta los que quedan del otro lado del gimnasio. Casi todas las puertas estaban cerradas. A mí me gustan las puertas. Tienen siempre un aire de misterio, de complicidad. Aquí todas las puertas son muy iguales: blancas y con un número chico y negro arriba. Sin embargo, si uno las mira mucho puede descubrir pequeñas cosas. Hay algunas tímidas, que están como pidiendo perdón por no contar su secreto. Otras, en cambio, son fuertes, macizas, como si estuvieran orgullosas de lo que esconden. Hay puertas alegres, completamente inconscientes de su importancia. Esas hasta cantan un poco al moverlas. También hay algunas que se quejan, que se han vuelto un poco menos blancas, como si hubieran llorado y los números se hubieran desteñido. La puerta de la Biruja es una puerta triste. A veces, al abrirla, yo la he oído lamentarse. En cambio la del hermanito Juan tiene mal genio y suele cerrarse de golpe, sumamente enojada.

A veces siento ganas de hablar. Hablar más allá de la ronquera, de la fatiga, más allá de las palabras. Hablar y hablar hasta que mi cuerpo entero sea voz. Hasta que las estrellas sean mis voces. Hasta que el mundo sólo sea un grito: mi grito.